



CAPÍTULO I



Emma Woodhouse, guapa, inteligente y rica, con un hogar confortable y un talante alegre, parecía reunir algunas de las mejores bendiciones de la existencia; y había vivido casi veintiún años en este mundo con apenas disgustos ni complicaciones.

Era la más joven de las dos hijas del padre más afectuoso e indulgente que pueda imaginarse y, a causa del matrimonio de su hermana, había sido la señora de la casa desde una edad muy temprana. Su madre había fallecido hacía tantísimo tiempo que la joven apenas tenía un recuerdo difuso de sus caricias, y su lugar había sido ocupado por una mujer excelente en calidad de institutriz, pero que había mostrado casi el mismo afecto que una madre.

La señorita Taylor llevaba dieciséis años con la familia del señor Woodhouse y, más que una institutriz, era una amiga, pues se llevaba muy bien con ambas hijas, aunque congeniaba sobre todo con Emma. Entre ellas existía una confianza casi propia de dos hermanas. Incluso antes de que la señorita Taylor cesara de ocupar oficialmente el cargo de institutriz, su buen temperamento pocas veces la había llevado a imponer restricciones; y ahora que la sombra de la autoridad llevaba tiempo olvidada, habían convivido como buenas amigas que se sienten muy unidas, y Emma hacía lo que le apetecía; valoraba en gran medida la opinión de la señorita Taylor, pero actuaba según sus propias convicciones.

De hecho, el mayor peligro de la situación de Emma era la potestad para salirse demasiado con la suya y una confianza desmesurada en sí misma; esos eran los defectos que amenazaban con empañar sus numerosas alegrías. No obstante, de momento el peligro pasaba tan inadvertido que ella no veía en absoluto su actitud como una posible desdicha.

Al final llegó el dolor —un dolor leve—, pero no porque tomara conciencia de nada de forma desagradable: la señorita Taylor se casó. Fue la pérdida de la señorita Taylor lo que le ocasionó dolor. Fue en el día de la boda de su querida amiga cuando Emma se sentó por primera vez a pensar con aflicción más de un instante. Una vez que terminó la ceremonia y los novios se marcharon, su padre y ella se quedaron solos para cenar, sin la posibilidad de que una tercera persona les alegrara la prolongada velada. Su padre se preparó para acostarse después de cenar y entonces a ella no le quedó más que sentarse a pensar en lo que había perdido.

El acontecimiento contenía la promesa de la felicidad para su amiga. El señor Weston era un hombre de un carácter excepcional, gran fortuna, edad apropiada y buenos modales; y Emma sentía cierta satisfacción al pensar en la generosa y desinteresada actitud con la que siempre había deseado y alentado la unión; pero para ella era un mal trago. Notaba la ausencia de la señorita Taylor todas las horas del día. Recordaba su bondad del pasado —la bondad y el afecto vividos durante dieciséis años—, cómo le había enseñado y cómo había jugado con ella desde los cinco años..., cómo se había desvivido por ganársela y entretenerla cuando estaba sana..., y cómo la había cuidado durante las distintas enfermedades de su infancia. Eso había generado una inmensa deuda de gratitud; pero el trato de los últimos siete años, el ritmo acompasado y la confianza perfecta que había surgido poco después de que se casara Isabella, cuando se habían quedado las dos solas, era un recuerdo todavía más apreciado y tierno. Había sido una amiga y compañera como pocas existían, inteligente, culta, útil, amable, conocedora de todas las costumbres y manías de la familia, interesada en todas sus preocupaciones, en especial en lo referente a la joven, en todos los placeres, en todos los planes que maquinaba; alguien con quien podía compartir cualquier pensamiento tal como se le presentara y que le tenía tanto afecto que jamás sería capaz de ver en ella defecto alguno.

¿Cómo iba a soportar el cambio...? Ciertamente era que su amiga apenas se había alejado media milla de ellos; pero Emma era consciente de que la diferencia entre tener a la señora Weston a media milla de distancia y tener a la señorita Taylor dentro de casa sería abismal; y pese a todas sus ventajas, naturales y domésticas, ahora corría un gran peligro de sufrir la soledad intelectual. Quería con locura a su padre, pero no le servía de compañía. El caballero no podía enfrascarse con ella en una conversación, ni racional ni divertida.

La desventaja de la diferencia de edad (y el señor Woodhouse no se había casado joven) se veía incrementada por la constitución y los hábitos del padre; dado que había sido un hipocondríaco toda su vida, sin ejercitar la mente o el cuerpo, era en diversos sentidos mucho más viejo de lo que su edad indicaba; y aunque en todas partes lo apreciaban por la ternura de su corazón y su talante amable, su talento no habría servido para recomendarlo nunca.

La hermana de Emma, que, teniendo en cuenta lo que podría ser, se había alejado poco al casarse, pues se había instalado en Londres, a solo dieciséis millas de la casa familiar, pese a todo no estaba a su alcance para una visita en el día; y aún tendrían que transcurrir muchas tardes largas de octubre y noviembre en Hartfield, antes de que la Navidad trajera la siguiente visita de Isabella y su marido con sus chiquillos para llenar la casa y complacerla con su agradable compañía.

Highbury, el pueblo grande y muy poblado que casi llegaba a la categoría de ciudad al que Hartfield, pese a su terreno aparte y sus arbuscos y su nombre, pertenecía en realidad, no podía compararse con nada a sus ojos. Allí los Woodhouse eran los más influyentes. Todo el mundo los admiraba. Emma tenía muchos conocidos en la localidad, pues su padre era atento con todos, pero ninguno de ellos habría podido sustituir a la señorita Taylor ni para medio día.